LA INMACULADA

CONCEPCION DE MARIA.

Sonrió el Señor; las harpas celestiales
Suspiraron con mística dulzura
Inundando los prados eternales
Con sus ecos de amor y de ternura;
De cánticos armónicos raudales
Llenaron la mansion de la ventura,
Y los mil mundos que el vacío poblaron
En sus bases con gozo se agitaron.

Sonrió el Señor; el ancho firmamento
Se estremeció de dicha y de alegria,
Y el mar hirviente y el sonoro viento
Desataron su grata melodia;
Que Dios miraba en su almo pensamiento
Con santa complacencia que María,
En ese instante que un misterio encierra,
Iba á ser concebida acá en la tierra.

Por eso los alados serafines
Tiernos pulsaron sus salterios de oro,
Y los sacros y bellos querubines
Levantaron su voz en blando coro;
Por eso alzó del mundo en los confines
Su acordado concierto el mar sonoro,
Y el apacible y murmurante viento
Formó música suave con su acento.

Mas no á la ley comun de la criatura
Quedó sujeto un sér todo del cielo,
Pues preservó el Señor á su alma pura
Del torpe vicio que manchaba el suelo;
Sacro portento lo hizo de hermosura
Y de virtudes divinal modelo,
Que obra fué de inmortal sabiduría
El sér feliz que se llamó María.

A esta estrella purísima y radiante
No la podia eclipsar ninguna estrella,
Y la de luz mas plácida y brillante
Era débil y opaca junto de ella;
Pues su lumbre serena y rutilante
En nuestra esfera fulgurando bella,
Debia alumbrar con su esplendor fecundo
El nacimiento del Autor del mundo.

A esta flor, la mas bella de las flores,
No podia marchitar el cierzo impío,
Ni profanar sus diáfanos colores
Con sus embates el turbion bravío;
Que viniendo del cielo sus olores
Y bañada de fé con el rocío,

Debia ser bendecida y respetada
Su corola gentil é inmaculada.

A este raudal, salud de los mortales,
No la podia empañar turbio torrente,
Y sus tersos y límpidos cristales
Debian dejar sendero floreciente:
Pues de los bellos prados celestiales
Descendiendo su linfa trasparente,
Debia alejar del mundo la torpeza
Sin ver nunca empañada su pureza.

A esta perla divina, casta y pura,
No la podia manchar el mar del mundo,
Y conservando toda su hermosura
Dejaria en él de amor gérmen fecundo;
No empañaria su nítida tersura
De la mortal miseria el cieno inmundo,
Y estrellándose en ella ola tras ola
Debia ceñir del triunfo la aureola.

Miriam divina, manantial de amores,
Radiante sol de dicha y de esperanza,
Cuyos claros y diáfanos fulgores
Nos prometen eterna bienandanza;
Azucena de místicos olores,
Lago de bendicion siempre en bonanza,
De aurora celestial blanco lucero,
Foco de gloria y de placer venero.

De los sacros jardines eternales
Apacible y purísima gacela,
Al pisar de la vida los umbrales
Te respetó su férvida procela,

Y brillaron tus ojos celestiales
Como el sol puro cuando claro riela,
Derramando la dicha tu mirada
Con su divina luz inmaculada.

Estrella que al nacer por el Oriente
Pura eclipsaste á las demas estrellas,
De cuyo brillo nítido y fulgente
Despues tomaron sus reflejos ellas;
Y tu órbita al cruzar resplandeciente
Dejaste amante luminosas huellas,
Para que fueran el brillante faro
De los que imploran tu divino amparo.

Flor, que al brotar en el inmundo suelo
Llenaste el aura de fragante aroma,
De cuya esencia que manó del cielo
El verde prado su fragancia toma;
Tórtola que un cantar lanzaste al vuelo,
Y aprendió de él arrullos la paloma,
Cuya voz da espresion tierna y divina
A la dulce plegaria vespertina.

Raudal copioso, que al bañar el mundo
Vertiendo en su estension placer y vida,
Nunca enturbiaste en su torrente inmundo
El cristal de tu linfa bendecida;
Y dejaste de fé gérmen fecundo,
Y de sacra virtud senda florida,
Y en cuyo espejo, que hermosear Dios quiso,
Se retrataba el bello paraiso.

Mística perla, de los cielos gloria,
Que descendistes á la tierra impura,

Para dejarnos tu sagrada historia
Como prenda de amor y de ternura;
Y del suelo infeliz la infesta escoria
Empañar nunca pudo tu tersura,
Y nos dejaste célica armonía
En el sublime nombre de María.

Vírgen pura, dejaste los vergeles
Que del sumo Hacedor son la morada,
Y del mísero mundo los dinteles
Traspasaste, quedando inmaculada:
Las almas que á su Dios vivieron fieles
Bañaste con la luz de tu mirada;
Luz mas pura que el rayo de la luna,
Y que fé y gracias en su brillo aduna.

Tú descendistes á calmar la fiera
Ruda borrasca de la vida humana,
El consuelo vertiendo por do quiera
Que de las fuentes de los cielos mana;
Y la tierra al sentir por vez primera
¡Oh María! tu presencia soberana,
Olvidando sus penas y su duelo,
Se agitó de placer, y sonrió el cielo.

Vírgen bella, tus ojos rutilantes
Son los que rielan al nacer la aurora,
Ellos son los que al cielo dan cambiantes
Con su lumbre fulgente y bienhechora;
Ellos dulces, tranquilos y radiantes,
Prestan luz á la luna brilladora;
Y ellos imprimen luminosas huellas
En la callada faz de las estrellas.

Los blondos pliegues de tu rico manto
Son los que prestan á la noche umbría
Las gratas sombras, cuyo suave encanto
Derrama en nuestro ser tierna alegría;
Esas sombras que á aquel que vierte llanto
Le infunden dulce calma en su agonía,
Y dan á la alta noche silenciosa
Su plácida influencia misteriosa.

Es tu divina voz la que resuena
Enmedio de los bosques silenciosos
Cuando en la noche lánguida y serena
Pueblan el aire ruidos misteriosos;
Ella es la que alza en la campiña amena
Sonidos delicados y armoniosos,
Y ella gentil, con sus cadencias varias,
Ecos presta á las grutas solitarias.

Es tu aliento divino y fecundante
El que da vida á las lozanas flores,
Y el que apacible llena el aura errante
De frescura y purísimos olores;
El que se esparce místico y fragante
Del bosque entre los plácidos rumores,
Y el que blando se aspira por do quiera
Al llegar la florida primavera.

Es tu celeste y maternal cariño
El que inefable nuestro pecho siente,
Cuando el candor con su brillante aliño
Orna nuestra alma y nuestra tersa frente;
Y en nuestro tierno corazon de niño
Entonces de la fé brota la fuente,

Haciendo con sus aguas deliciosas
Crezcan en él de la virtud las rosas.

Es de tu amor el fuego soberano
El que vierte en nuestra alma la alegría,
Y es tu divina y poderosa mano
La que nos lleva por segura vía;
Son tus ojos antorcha del humano,
Tus acentos tesoro de armonía,
Es tu almo aliento de los cielos brisa,
Y es el íris tu célica sonrisa.

Lance hoy mi lira notas á millares,
Y forme un eco mi atrevido acento
Entre las ondas de los anchos mares
Y entre los pliegues del sonoro viento,
Para decirte en férvidos cantares,
¡Oh Vírgen santa! gérmen de contento:
¡Salve mil veces, mística criatura,
Pura en tu orígen y en tu vida pura!

HIMNO A MARIA.

En su almo carro avanza purísima la aurora
Velada entre celages de gualda y de carmin;
Y rasga con su tierna mirada brilladora
Las sombras que se estienden de Oriente en el confin.

Suspiran en los valles dulcísimas las brisas
Las flores agitando con beso virginal,
Y á su impresion las flores desplegan mil sonrisas
Bebiendo con delicia la lluvia matinal.

Levanta la paloma su cántico inocente
Bañada por el soplo del céfiro veloz;
Deleite á la flor presta y el aire trasparente
Divide con sus alas al par que con su voz.

La luz naciente baña los lagos ondulantes
Sirviéndole de espejo su cristalina faz;
Y rielan apacibles sus ondas murmurantes
Y el aura las halaga con su hálito fugaz.

El sol fecundo llena los bosques y los prados;
Las aves lo saludan desde el ciprés gentil,

Con himnos que aprendieron melífluos y acordados,
De las sonantes auras del perfumado Abril.

Y como la radiante mirada de la aurora
Las sombras de la tierra disipa con su albor;
Así, dulce Maria, del pecho que te adora
Disipa tu mirada las sombras del error.

Y cual las blandas brisas las bellas flores tocan
Haciéndolas que beban la lluvia matinal,
Así tu aliento halaga las almas que te invocan,
Dejándoles de gracia la lluvia celestial.

Y como la paloma con su gentil contento
Del céfiro bañada deleite da á la flor,
Así al que te bendice consuelas con tu acento,
Bañada estando tu alma del céfiro de amor.

Y cual los lagos baña del dia la luz fecunda
Y el aura los halaga cuando la luz sonrié,
Así al que en tí confia tu dulce amor inunda
Y lo acaricia entonces el aura de la fé.

Y como el sol ocupa con su gentil belleza
Los prados y los bosques, prestándoles calor,
Así la tierra ocupa tu espléndida grandeza
Prestándole al que te ama consuelo en su dolor.

Mas dulce es tu mirada que la infantil sonrisa
Que púdica nos manda la luna al asomar;
Mas pura que la estrella que blanca se divisa
Sus rayos rutilantes el sol al apagar.

Mas cándido es tu aliento que el místico suspiro
De vírgen que á tu trono levanta su oracion,
Mas plácida que el aura cuando en voluble giro
Va amante recojiendo todo eco y todo son.

Tu acento es mas sublime que el beso delicado
Que al inocente niño la tierna madre da,
Mas grato que el arrullo del céfiro acordado
Cuando el Abril las vegas de flores cubre ya.

Tu amor es mas sagrado que el fuego fecundante
Que tierna la esperanza concede al corazon,
Mas bienhechor que el íris cuando á su luz radiante
Vencido y aterrado replégase el turbion.

Mas magestuosa es tu alta purísima grandeza
Que el mar cuando en sus ondas el sol viene á morir,
Mas santa que los himnos que fiel naturaleza
Levanta bendiciendo del alba el sonreir.

Es nuncio de ventura tu célica mirada
Y en ella tiene puesto su templo la bondad;
Y pura y apacible su luz inmaculada
Al sol radiante presta fulgor y magestad.

Es centro de fragancia tu aliento soberano,
De cuya esencia toma su encanto la virtud;
Es fuente de consuelo, de gracias oceano,
Tesoro de pureza, venero de salud.

Raudal es de dulzura tu acento sacrosanto,
Y en él anida el gérmen de la piedad y el bien,

Y dél aprende tonos el armonioso canto
Que el serafin radiante levanta en el eden.

Es luz de la alegría tu dulce amor materno
Y el alma que te implora dichosa es con tu amor,
Es manantial de vida, de fé santuario eterno,
Purísimo rocío, perfume bienhechor.

Es foco tu sublime grandeza soberana
De místicas creencias de célico poder,
Es faro rutilante, de cuyo fuego mana
La gloria, la esperanza, la dicha y el placer.

Del sol brillante y puro te adornan los fulgores,
La trasparente luna te sirve de tapiz;
Mas su esplendor eclipsan tus ojos brilladores,
Pues eres tú, María, de luz raudal feliz.

¡María! palabra dulce de celestial idioma;
¡María! sublime nombre, de cuyo son de amor
El arpa del querube sus blandas notas toma,
Y el aura de los cielos su plácido rumor.

¡María! gentil sonido, mas grato y halagüeño
Que de los puros lagos el blando suspirar,
Mas tierno que el arrullo que, cuando invoca al sueño,
Levanta la paloma sus alas al plegar.

Es música apacible tu nombre sacrosanto;
Por medio de sus ecos nos habla la virtud,
Y de sus notas suaves al celestial encanto
Germinan en el pecho capullos de salud.

Cuando la negra muerte con su letal presencia
De las pasiones calme la ruda tempestad,
Y roto el frágil prisma que halaga la existencia,
Se estienda ante mis ojos la inmensa eternidad,

Permite, Vírgen bella, consuelo fiel del hombre,
Lucero de la mente, fanal del corazon,
Que al pronunciar mis lábios tu melodioso nombre
Se eleve al cielo mi alma con mi última oracion.

ECOS DE ADMIRACION.

A la Señorita Doña Jesus Camiña.

¡Qué plácido es en dulce feliz arrobamiento
Vagar por la campiña cuando sonrie el Abril,
Cuando en el alma vierte raudales de contento
El ángel de la infancia con su mirar gentil!

¡Qué bellas son las puras imágenes tranquilas
Que cuando somos niños en torno nuestro están,
Con brisas por aliento, con soles por pupilas,
Y que sembrando encantos en nuestra mente van.

Que se alzan vagas vemos del cáliz de las flores,
Que llegan en las alas del céfiro veloz;
Miramos en la luna sus ojos brilladores,
Oimos entre el agua su misteriosa voz.

Imágenes brillantes emblemas de inocencia,
Que en mi niñez dichosa prestábaisme placer,

Venid hoy como entonces, y fiel vuestra influencia
Derrame en mis acentos un mágico poder.

Venid hoy como entonces, y en caprichosos giros
Volando por mi mente mentidme en vago son,
Ya místicos cantares, ya lánguidos suspiros,
Para formar con ellos dulcísima cancion.

Mas si al mandarte un canto mi pecho entusiasmado
Dejé que se estraviara mi tímido laud,
Perdona, de la infancia la vega te he pintado,
Desde el erial desierto de amarga juventud.

Mas ya mi mano al templo de la niñez no llame.
¿A qué invocar memorias de un tiempo que pasó?
Sonidos le pedia, los de tu canto dame,
Que nunca tan sublimes la infancia me los dió.

Tu voz es mas melíflua, murmuradora y suave
Que el himno con que el alba saluda el manantial,
Mas dulce que los sones que varios forma el ave
Al agitar sus alas de un lago en el cristal.

Mas grata que el murmullo del sosegado rio,
Mas blanda que el que se alza dulcísimo rumor
Al resbalar las perlas del matinal rocío
Por las brillantes hojas de la naciente flor.

Mas tierna que las vagas purísimas querellas
Que lanzan los arroyos, cuando en su limpia faz
Se quedan adormidas las pálidas estrellas,
Y forman por mecerlas ondulacion fugaz.

Cuando tu voz resuena
Sentida y suave,
Enojos da á la fuente
Y envidia al ave;
Que es mas sublime
Que fuente que murmura
Y ave que gime.

Y alzó naturaleza
Gentil concento,
Y aprendió en sus sonidos
Tu dulce acento.
El fiel lenguaje,
En que hablan los arroyos
Con el follaje.

Aprendió los solemnes
Murmullos vagos
Que lanzan al rizarse
Los puros lagos,
Y la armonía
Que al suspirar levanta
La selva umbría.

Aprendió de los bosques
El eco blando,
Y el himno que las auras
Van murmurando,
Y los rumores
Que forman al mecerse
Las frescas flores.

Por escuchar tu acento
Las brisas luchan,

Y dudando se quedan,
Cuando lo escuchan,
Si serán de aves
O del cantar de un ángel
Sus notas suaves.

La bella primavera
Derrama rosas,
El sol resplandeciente
Llamas radiosas;
Luz la alba luna,
Perfumes la azucena,
Són la laguna.

Así tus notas vierten
En la memoria
Rosas de sentimiento,
Llamas de gloria:
Luz de ventura,
Perfumes de delicia,
Són de ternura.

La plácida esperanza
Vive en tu acento;
A sus ecos sonoros
Huye el tormento;
Pues que tu canto
Raudal es de ilusiones,
Centro de encanto.

Al mirarte dormida
Sobre tu cuna,
Te sonrió el ángel bello
De la fortuna;

Y su sonrisa
Te dió en lugar de acento
Rumor de brisa.

Te vió el celeste númen
De la dulzura,
Y te dió con su tierna
Mirada pura,
En vez de idioma
Los plácidos arrullos
De la paloma.

Del concento que formas
A cada nota,
De admiracion un eco
Nuestra alma brota,
Y se concentra
En los ecos que en ella
Tu voz encuentra.

Es tu espresivo acento
Mas halagüeño
Que las visiones rientes
De infantil sueño;
Y mas canoro
Que de las aves todas
El dulce coro.

Cuando apacibles notas
Sublime exhalas,
Desplega el pensamiento
Sus leves alas;
Tu voz lo guía
Y sube á las regiones
De la armonía.

Que del canto los génios
En raudo vuelo
Sonriendo te elevaron
Al claro cielo,
Y entre las nubes
Bebiste los acentos
De los querubes.